

ARTE POPULAR VENEZOLANO Y EL IMAGINARIO DEL VENEZOLANO:

De la bella muerte al existir

Eduardo Planchart Licea

LA Bella Muerte: Alí Darias



eduardoplanchart@yahoo.es

LA BELLA MUERTE

Tengo pintando la muerte desde el 92, en ese año un amigo mío murió por sobredosis de droga y a raíz de eso hice una pieza. Veo cierta belleza en la muerte, cuando vas a un velorio y ves gente sincera, se ve esa tristeza que se siente y penetra en el cuerpo y el alma, que te hace sentir la muerte, y eso me llama la atención.

(Alí Darias, *Testimonio*, 2010)

El dormir es una pequeña muerte en la que yacemos cada anochecer de nuestra existencia para renacer cada amanecer. Desde los orígenes de la humanidad este

continuo morir para renacer tiene lugar en la cama o en un equivalente a ella. De ahí que la intervención *La cama del buen vivir para morir* (2010) sea una de las obras fundamentales de Alí Darías, pues nos lleva al centro de su filosofía estética y a sus reflexiones sobre lo que él llama «la bella muerte».

La estructura de este lecho recuerda las camas coloniales con su techo de tela cubriendo el armazón. La pincelada expresionista y sintética viste las diversas secciones del mueble y refleja su mitología personal. Crea el artista dos planos celestiales, uno en la cubierta, donde pinta ángeles plenos de gracia entre empíreas nubes; es un espacio uránico, destino de las almas bienaventuradas en esta geografía del más allá. El armazón del lecho también está rodeado en su interior por otra franja de ángeles que llevan impresa la frase «El inicio de la vida», haciendo referencia a la reencarnación que se produce, según el espiritismo, en cada nacimiento, y hace alusión también a la existencia de mundos paralelos, el de los vivos y el de los espíritus. En las otras secciones pinta como en un mural los diversos momentos de la existencia. El copete de la cama, entre formas orgánicas, es el espacio donde se muestran dos de las etapas más importantes del nacimiento de una nueva vida: el matrimonio de una pareja en la iglesia, plasmadas ambas figuras con una cromática fuerte y pinceladas hieráticas para describir este momento sacramental que nos lleva a su vez hasta el ritual del amor y la concepción, cuando uno más uno se convierten en tres. El artista pinta a la pareja unida en armonía en la cama, todo representado con la limpieza visual que caracteriza algunas de sus piezas y que contrasta con el barroquismo de otras a las que imprime mayor tensión emocional. Continúa con las escenas destinadas a mostrar el armazón donde iría el colchón, dividido en tres tiempos rituales que reflejan algunos puntos cruciales de toda la existencia: el nacimiento, donde la madre está pariendo inmersa en un crudo expresionismo; la muerte, donde expone un entorno humano de seres afligidos y rostros

apesadumbrados; el entierro, con el último lecho de todo ser humano: el ataúd. Todos estos instantes confluyen en una cama, en lo que constituye uno de los sentidos simbólicos de la propuesta de este artista. El hecho de revelarnos la importancia ritual y existencial que tiene el lecho en la vida —en él nacemos, vivimos, amamos, sufrimos y morimos—, reexamina nuestra cotidianidad y redescubre espacios trascendentes para que la vida se llene de plenitud. El plano material de esta obra se conjuga con una lectura espiritual, pues la base de la cama es un eje cósmico cuyos cuatro soportes —patas— serían los puentes que llevan el espíritu al reino celeste, al purgatorio o al infierno.



La corte vikinga

Alí Darias plantea una propuesta artística dominada por el espiritismo a través de la cual deja al descubierto cómo los cambios en el ritmo de vida provocados por la contemporaneidad han trastocado nuestra cotidianidad hasta el punto de influir en la

forma de nacer y morir; es el resultado de la vorágine ocasionada por la violencia de una cultura fundamentada en la confrontación y no en la compasión.

Antes nacíamos y moríamos en una cama. Ahora nacemos en una cama y nos matan en cualquier esquina. Ha cambiado el sistema de la vida, a las muchachas las preñan en cualquier rincón y a los muchachos los matan a los quince años. Antes se engendraba con una mujer en la cama nupcial, se paría en una cama y moría la gente de vieja en otra cama. Ahora todo se ha distorsionado. Y eso me llama la atención, la cama es por eso bella y tiene su encanto.

(Alí Darías, *Testimonio*, 2010)

El artista está a la búsqueda del motivo por el cual nuestras vidas han cambiado tanto para ser dominadas por el temor y el miedo, una de las inquietudes que por su condición de espiritista y su sensibilidad nos trae a través de su propuesta con una perspectiva diferente, pues conoce a fondo la religiosidad y el imaginario popular. Los cambios que se han gestado en estas dimensiones reflejan cómo los valores se han convertido en antivalores; lo vemos manifestado en la Corte Malandra o Cale, que sacraliza la violencia, el robo y el malandraje. Esta dialéctica ha permeado gran parte de nuestra sociedad, donde la retórica de la intolerancia ha reforzado estos antivalores y ha transmitido vigencia a estas cortes. Cada uno de los altares refleja sus contenidos rituales. En el altar de la Corte Malandra el techo es de zinc, la figura del malandro Ismael es central y estos rasgos señalan en qué medida este culto domina la cultura popular urbana con una religiosidad que posee mitos, ritos, iniciaciones e incluso castas sacerdotales.

Para pintar y esculpir los santos de las diversas cortes Darías utiliza materiales reciclados como el papel maché y sus cuadros son trabajados sobre yute, el soporte que

más le gusta como superficie. Entre las cortes espirituales que acompañan esta muestra estarían la Corte Africana, la Corte Malandra, la Corte Charrera, La Corte Independentista, La Corte del Amor, cada una con el espacio ritual, formal y cromático propio de su iconografía. Las presenta en dos formatos: como ensamblaje y como obra bidimensional marcada por una figuración hierática con la que trata algunos santos; es el caso de la Corte Chamarrera, donde estarían los curanderos con sus yerbas. En la Corte Vikinga llama la atención su cercanía con la Corte Cale, por ser de poca luz y por las características propias de la religiosidad germánica, donde la muerte del guerrero tiene como destino el paraíso o el Valhala; esto se asimila a los actuales funerales de malandros, en los que se paran autopistas y avenidas en un festejo de motorizados y busetas.



La Bruja Josefina

La bruja Josefina (2010) es una escultura representativa del trabajo de este hacedor. Elaborada en papel maché y a tamaño natural, a través de ella Alí desea mostrarnos esa magia negra propia de las brujas, usada para dominar y hacer daño a otros. En la instalación describe algunos de los implementos que estas personas utilizan

comúnmente: sobre su escritorio hay un cuaderno de recetas mágicas, velas y espacios rituales como la estrella de cinco puntas. Se trata de una obra interactiva, pues cada una de las gavetas del escritorio tiene elementos usados en los hechizos a los que el espectador puede acceder.

El ensamblaje *La muerte inocente* (2010) está realizado sobre un tronco cuya copa sería no un ramaje sino el ataúd de un niño que se creía iba a morir y que el artista reutiliza para hacer alusión a la muerte inocente y al destino del espíritu de los niños que mueren. Al abrir el pequeño féretro encontramos una talla de madera que convierte la obra en un llamado directo al espectador para que interactúe con la pieza.

La muerte como tipología de sucesos impactantes en la vida del venezolano también se convierte en el centro de algunas obras, tal como ocurre con *La muerte del bolívar* (2010). En esta pieza Darías coloca un ataúd pintado en cuyo interior introduce billetes de bolívares viejos en representación de la muerte de una denominación monetaria por la creación de otra, el bolívar fuerte, y la devaluación. La gente se muestra afligida al toparse con esta obra por el impacto que este tipo de medidas han causado en la economía doméstica —que a su vez han estado acompañadas de otras que han provocado gran malestar en el pueblo venezolano, como sería la expropiación en este caso del Banco de Venezuela—, lo cual nos devela ese toque de humor negro de su arte en la denuncia situaciones irritantes para todos los venezolanos.

Entre este conjunto de obras llama la atención *Lágrimas de Dios* (2010), propuesta plástica donde el artista pinta dos gigantescos ojos en cuadros diferentes para describir dos tipos de muerte que considera malas y las pinta en los ojos de Dios, quien las llora. En uno de los cuadros representa el velorio del *Hombre del Anillo*, Antonio Fernández —Premio Nacional de Arte Popular en 1997—, ocurrido en 2006, cuando lo

asesinaron vilmente para robarle en su hogar de Trujillo. Darías lo muestra en el féretro rodeado de familiares y amigos entristecidos por la muerte absurda de un hacedor de belleza.

Lo que ocurre en África es otra de las más horribles situaciones de las que ha tenido conocimiento. Allí dentro de estas tipologías de la muerte. Como él mismo dice: «Eso de que los buitres devoren miles de niños y adultos hambrientos es demasiado malo, no tiene nombre».

Como conclusión podríamos decir con certeza que en su vasta obra *Alí Darías* nos devela una tipología estética de la muerte que responde a su filosofía de vida y también aspectos de nuestra religiosidad e imaginario, en una expresión plástica que además de crear belleza y autenticidad es fuente de conocimiento.



La corte malandra



La cama del buen vivir para morir

El SENTIDO DE EXISTIR: Guillermo Bello



Auto-retrato

Parece mentira estaba recordando en estos días, una vez que pasé por la casa de un señor, lo vi pintado un Simón Bolívar en una casita de bahareque y me llamó la atención. Parecía que la pintura me estuviera llamando, y era un niño, fue un momento importante en la vocación de pintor.

Guillermo Bello, testimonio, 2010

Guillermo Bello, petareño de la calle la Línea, ha guiado su vida por sueños que lo llevaron a la pintura. Desde joven, cada vez que veía la representación de un cuadro o un buen dibujo, sentía una fuerte emoción, intuía su destino. Esta vocación se desarrolló paralela a su trabajo como vendedor de periódicos, limpiador de zapatos, conserje, pintor de brocha gorda. Aún recuerda cuando subastó sus primeras obras siendo vendedor de una zapatería.

El lenguaje plástico que caracteriza este artista conforma una fusión de su realidad y su imaginación. Sus cuadros son el resultado de una mezcla cromática entre

libre y desprejuiciada: escenas de ciudades o pueblos, como cuando representa las orillas del lago de Maracaibo e incorpora imágenes de pueblos llaneros. Se complace pintando casitas de pueblos, actividades deportivas y juegos a los cuales es aficionado. Estas temáticas dominan los parabanos, que despliega en sus recuadros, como obras dentro de obras donde se observan escenas de jugadores en diversas disciplinas deportivas... El barroquismo es común en sus piezas, que como parte de nuestra cultura y de su imaginario no existe propiamente, con lo cual tampoco se perciben contradicciones. Así, es posible encontrar en una de sus obras la convivencia de un paisaje merideño de algodanosos frailejones, junto a una lujuriosa selva y la representación del Salto Ángel.

Son telas plenas de escenas cotidianas y tradicionales pintadas con líneas y pinceladas rápidas, de ahí la sensación de fuga que se percibe en algunos elementos de sus cuadros. La madurez de nuestro arte popular urbano se evidencia en la disciplina con que pinta. El artista investiga a otros pintores venezolanos, como Adrián Pujol, uno de nuestros maestros del paisajismo contemporáneo, este mirar y meditar sobre estos paisajes se percibe en la forma como Guillermo Bello pinta el Ávila, tema recurrente en su trabajo.

«La vocación de artista, nació con el sueño de una guitarra, y luego descubrió que la guitarra no era el sueño, sino el sueño era la aventura de la pintura ¿qué iba a saber si iba a ser pintor o no? Conseguí el sueño de la pintura y el deporte, pues me salvó de los vicios... Lo que más me gusta pintar son cosas típicas, pueblos, temas religiosos y las fiestas de los pueblos. Algunos pueblos que pinto son imaginarios, bailes de joropo con carrozas donde lanzan caramelos». Guillermo Bello, testimonio, 2010.

Nos enfrentamos a un arte popular urbano y contemporáneo, el de un presente que se caracteriza por la espontaneidad de su línea y la frescura de su pincelada; popular por su inspiración y porque viene de un creador que se forja entre el pueblo y expresa su imaginario; contemporáneo por vivir el presente.

El artista prefiere trabajar con materiales diversos como botellas, escaparates abandonados, maletas que dejaron de viajar o puertas, mediante un lenguaje que va de lo figurativo a lo geométrico. Se inició pintando con el óleo chino, era el material que estaba a su alcance, hasta que un día le ofrecieron una caja de pintura con óleos de calidad, acrílicos y otros materiales rescatados de la basura. Este momento fortuito de su vida, recuerda el encuentro que marcó la vocación del pintor del Trapiche de Petare, quien en su trabajo como recolector de basura, un día encontró un atril junto a los materiales que sellaron su vocación de pintor, con los que creó un universo plástico pleno de magia.

El caraqueño de las barriadas gusta del arte, por eso es común encontrar en las paredes de sus hogares, cuadros pintados por creadores de estos sectores, junto a afiches de artistas reconocidos como Salvador Dalí, Manuel Cabré, Arturo Michelena sin faltar la *Última Cena* de Leonardo da Vinci. Ésta es una de las causas por la cual algunos artistas populares urbanos son apreciados en los sectores donde viven, pues el arte es una necesidad y puede llegar a convertir su hacer en una herramienta de vida. Afortunadamente para Guillermo, hace cuatro años encontró el apoyo de la *Fundación Cultural Ipiar Tumerm*, donde consiguió un taller y un espacio donde madurar y dar a conocer su obra.

Un ejemplo de su lenguaje plástico es la pieza *El Crucifijo*, (2001) que representa una Semana Santa, por tanto la crucifixión y la resurrección, junto a los

símbolos propios de estas escenas. Los creyentes aparecen fundidos y despojados de su corporeidad, este efecto nos transmite la profunda devoción del venezolano.

En *La pasión llanera*, (1998) una pelea de gallos se convierte en el centro visual gracias a que la sobredimensiona, junto a la fuerza del color de los gallos picándose. El cuadro está dominado por fuerzas centrífugas que brotan de la energía de la pelea animal y del universo humano: el apostador con billetes en desenfadada pasión, los aficionados...

Curiosa y original pintura es un *Autorretrato*, (2007) trazado en uno de los lados de un escaparate intervenido, la obra nos permite acercarnos a la percepción que tiene el creador de sí mismo, con la mirada directa e indumentaria de maratonista. El centro visual de la pieza está dirigido hacia la parte inferior, a sus piernas y sus zapatos, símbolo de la pasión que tiene el creador por correr grandes distancias y esa libertad que vive, le transmite a sus obras el sentido de su existir.

Al conversar con Guillermo sobre cuál de sus cuadros es el preferido, no sabe qué responder, pues para él todos son parte de su vida.



Crucifixión



El Baúl